

# ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN LA ARGENTINA

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

(EDITORAS)

VOLUMEN II



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

---

Rosana Guber y Lía Ferrero

*Antropologías hechas en la Argentina*. Volumen II / Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras);  
1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020  
682p.; tablas.; gráficos; mapas.

SBN:

978-9915-9333-0-6 OBRA COMPLETA

978-9915-9333-1-3 Volumen II

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

---

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: © Comité Internacional de la Cruz Roja

Cementerio Argentino de Darwin, Isla Soledad, archipiélago Malvinas  
en el Atlántico Sur. 20 de junio de 2017.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre  
y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020

# Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto... y después conversamos: etnografía de una traición<sup>1</sup>

MAURICIO F. BOIVIN<sup>2</sup>  
ANA ROSATO<sup>3</sup> Y FERNANDO A. BALBI<sup>4</sup>

- 
- 1 Publicaciones originales en castellano y portugués: Boivin, Mauricio, Ana Rosato y Fernando Balbi 2003. "Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto ... y después conversamos: etnografía de una traición". Ana Rosato y Fernando Balbi (eds.) *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios en Antropología Social*. pp. 121-152. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, (original, 1998, *Mana* 4, "Quando o inimigo te abraça com entusiasmo'...). Agradecemos a los compiladores Ana Rosato y Fernando Balbi, su autorización a republicar este artículo.

Conocido en el medio antropológico argentino como "Frasquito de anchoas", este artículo representa una de las primeras y exitosísimas aproximaciones antropológicas al fenómeno del peronismo y, lamentablemente, una de las todavía escasas investigaciones acerca de la política partidaria argentina (peronismo, radicalismo, socialismo, desarrollismo, etc.). El disparador de este artículo fue la presencia de dos de los autores, Ana Rosato y Mauricio Boivin, en la escena donde se pronunció públicamente la acusación de traición. Boivin evocó entonces un texto en que Maurice Godelier analizaba las "traiciones perdonables e imperdonables" entre los Baruya de las Tierras Altas de Nueva Guinea. El texto fue redactado durante los primeros meses de 1997, cuando este grupo de investigación llevaba más de diez años trabajando en la zona, predominantemente en el campo de la antropología económica con pescadores artesanales de la provincia de Entre Ríos (Calando la vida, 2008). Este artículo fue instrumental para redirigir la atención del equipo hacia el análisis de la política local, giro que daría lugar a nuevas investigaciones, a la enseñanza de la antropología política (Boivin y Balbi), a la investigación sobre el liderazgo en el peronismo (Rosato) y la relación entre traición, lealtad y deslealtad en la praxis política de los peronistas, tesis doctoral de F. Balbi en el Museu Nacional de Antropología (UFRJ, Brasil; ver Lecturas recomendadas). "Frasquito de anchoas" supuso una aproximación al enfoque de la 'antropología de la política' desarrollado en Brasil por el Núcleo de Antropologia da Política (Programa de Apoio a Núcleos de Excelência, Ministério da Ciência e Tecnologia) bajo la dirección de Moacir Palmeira y del cual formó parte destacada la antropóloga cordobesa radicada en ese país Beatriz Alasia de Heredia (ver Anexo D). La trayectoria académica de los autores y la articulación con la antropología carioca, alentada por Boivin desde la Secretaría Académica de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) representa un eje fundamental para comprender la construcción de la nueva antropología social argentina. Desde mediados de los ochenta, numerosos jóvenes egresados de diversas universidades argentinas aprovecharon generosos programas de becas brasileños para ampliar creativamente las temáticas antropológicas locales y las interlocuciones latinoamericanas en la disciplina. Complementar con perspectivas afines o relacionadas con estas líneas en secciones 6 (J. Quirós), 7 (A. Isla) y 9 (V. Vecchioli, A. Guglielmucci, S. Frederic)

- 2 Universidad de Buenos Aires

- 3 Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Entre Ríos

- 4 Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Ciencias Antropológicas. Sección Antropología Social. CONICET. Buenos Aires, Argentina.

## Introducción

Nuestra ira tiene una cualidad especial que nace del sentimiento de traición.

Ward Goodenough

Los preparativos para el festejo habían culminado hacía rato cuando llegó la noticia de la derrota. Habían cerrado al tránsito la calle donde se encuentra la sede del Partido y montado un tablado donde se desarrollaría el “*baile de la victoria*”. Habían calculado generosamente la cerveza y el vino necesarios. La gente, unas trescientas personas, había llegado al lugar y desatado un clima festivo, con bombos y batucadas, dando buena cuenta de las bebidas. La victoria era segura, al punto que el Partido no había organizado un operativo informático para sistematizar la información que traían los fiscales: en palabras de un *militante*<sup>5</sup>, “estábamos tan seguros de que ganábamos que ni la computadora prendimos”.

A las veinte horas, sin embargo, se conocen los resultados provisorios finales: el Partido había perdido la Intendencia por un puñado de votos. Rápidamente, la alegría se torna estupor y desolación. Hombres y mujeres lloran por igual, mientras unos pocos tratan de consolar al resto resaltando que el Partido ha ganado a nivel nacional, provincial y departamental. Pero se ha perdido la Intendencia, se ha perdido el pueblo, y el sentimiento dominante no puede sino ser de derrota.

Una hora más tarde, el derrotado candidato a intendente acude a saludar a su vencedor. A su regreso a la sede partidaria, se dirige brevemente a sus partidarios, dando paso al discurso del líder del Partido. El líder resalta las virtudes del candidato, promete un regreso triunfal a la Intendencia para cuatro años más adelante y explica la derrota con una simple frase: “*Compañeros, todos sabemos quienes son los traidores*”.

En efecto, todos saben. Y no tardan demasiado en encontrarlos entre el gentío. Un hombre que se encuentra en el interior del local leyendo los resultados es encarado por varios *militantes* que, al grito de “*traidor*”, comienzan a forcejear con él. Uno de ellos le pega, al decir de un testigo, un “*sopapón en pleno rostro*”. El hombre trastabilla, se reincorpora, retrocede hacia el patio y, siempre encarado por la gente que le grita insultos, alcanza los fondos del terreno y logra escapar saltando a otra casa. Ajeno a lo que sucede, el líder continúa con

---

5 Se denomina militantes a los activistas de un partido político. Los militantes desarrollan todas las actividades proselitistas de un partido político: reparten volantes, pintan y pegan carteles, atienden mesas de información para los ciudadanos, organizan los actos partidarios, etc.).

su discurso mientras la gente comienza a entonar la marcha partidaria y grita: “¡Traición! ¡Traición!”.

Dentro del local, otro hombre es agredido. Trata de salir por la puerta principal pero, a medida que avanza, hombres y mujeres le pegan piñas y patadas, siempre gritándole “traidor”. Finalmente, llega a la puerta. El presidente del Partido, advirtiéndole lo que ocurre, se acerca y se interpone entre él y los furiosos, pidiendo calma a los gritos. Cubriéndole las espaldas, lo lleva por la vereda hasta la casa de la esquina. La gente los sigue gritando y alguno que otro consigue pegarle. Sin embargo, logran llegar y el Presidente lo refugia en la casa, frente a la cual se agolpa la multitud, siempre gritándole: “¡Traidor! ¡Traidor!”. Al rato, llega la policía y retira al hombre resguardado en una ambulancia. Luego de su fuga, los dirigentes logran tranquilizar a la gente y organizan una calmada desconcentración.

¿Quiénes son estos *traidores* y en qué ha consistido su *traición*? Se trata del jefe de una de las líneas internas del Partido y de su secretario de prensa. La *traición*: según sus acusadores, han entregado “*sus votos*”, los votos de sus seguidores, al candidato del partido vencedor. Pero, ¿lo hicieron realmente?; y, si lo hicieron, ¿por qué razones? Y, sobre todo, ¿por qué fueron acusados de *traición*?, esto es, ¿qué significa *traición* y por qué fue éste el calificativo que recibieron las acciones que se les imputaban? Para responder a estas preguntas será preciso, ante todo, conocer los antecedentes inmediatos del incidente en cuestión.

## Los traidores

Hijo. *¿Ha sido mi padre un traidor, madre?*

Señora Macduff. *Sí, lo ha sido.*

Hijo. *¿Qué es traidor?*

Señora Macduff. *Pues uno que jura y miente.*

Hijo. *¿Y son traidores todos los que hacen eso?*

Señora Macduff. *Todo el que hace eso es traidor y debe ser aborcado.*

Hijo. *¿Y deben ser aborcados todos los que juran y mienten?*

Señora Macduff. *Todos.*

Hijo. *¿Quién tiene que aborcarlos?*

Señora Macduff. *Pues los hombres honrados.*

Hijo. *Entonces los que mienten y juran son tontos, porque hay bastantes que mienten y juran como para vencer a los hombres honrados y aborcarlo.* William Shakespeare (*Macbeth*, Acto cuarto, escena II)

Los acontecimientos que hemos narrado ocurrieron en una pequeña ciudad del litoral.<sup>6</sup> Del orden de los 20.000 habitantes, es un centro comercial y de servicios orientado a los establecimientos agrícolas y ganaderos de la zona. Tradicional bastión de la Unión Cívica Radical,<sup>7</sup> vio triunfante al Partido Justicialista<sup>8</sup> en las elecciones de 1987. El candidato entonces vencedor, Julio Cesar Solari, era miembro de un pequeño grupo que había conseguido desplazar en 1983 al antiguo caudillo que comandaba el Partido desde la década anterior. Julio había sido elegido como diputado en 1983, único éxito peronista de aquel año; en 1987, en cambio, y más tarde en 1991, el peronismo obtuvo un éxito total: intendente, diputado provincial, senador provincial, mayoría en el Consejo Deliberante.

Durante este período, Julio se constituyó en líder del Partido a nivel local. Fue diputado, intendente, otra vez diputado y, por último, candidato a senador en la elección del 14 de mayo de 1995, en la cual resultó vencedor. A despecho de los diferentes cargos que ocupó, siempre mantuvo la capacidad de distribuir entre sus allegados cargos públicos departamentales, municipales y provinciales, así como cargos partidarios. Entre tanto, el grupo que había forjado la victoria inicial se desmembraba bajo las nuevas presiones que emanaban de la lucha por el poder entre sus integrantes, particularmente entre Julio y el diputado provincial electo en 1987. Mientras se producía esta división interna, Julio comenzaba a rodearse de nuevos seguidores, entre quienes se contaba Ramón, “el Moncho”, Córdoba, el primero de nuestros *traidores*.

El Moncho llegó a la ciudad en abril de 1988 para hacerse cargo de la Dirección Municipal de Pesca. En las elecciones de 1987, Julio había arrastrado muchos votos en el barrio donde habita la mayor parte de los pescadores de la ciudad, en gran medida gracias a que había podido incorporar a su campaña a un prestigioso

---

6 Debido a la naturaleza de los acontecimientos que se examinan en el presente artículo, nos reservamos el nombre de la ciudad en que se desarrollaron y las identidades de las personas involucradas en ellos. Todos los nombres que empleamos son imaginarios, con la única excepción de los de figuras políticas del orden nacional.

7 La Unión Cívica Radical (UCR) –habitualmente conocida como el “radicalismo”– era, hasta las elecciones de 1995, el principal partido de oposición a nivel nacional. También era y sigue siendo la mayor fuerza de oposición a nivel provincial.

8 El Partido Justicialista (PJ), comúnmente llamado “Peronista” –por su fundador y líder histórico, Juan Domingo Perón– detenta el gobierno nacional desde 1989, cuando Carlos Saul Menem derrotó a Eduardo Angeloz, el candidato radical a la sucesión del presidente Alfonsín. En 1995, después de una controvertida reforma constitucional que lo habilitó a postularse para un nuevo período de gobierno –pactada, precisamente, con Alfonsín–, obtendría su reelección

pescador comprometiéndose a crear una dirección de pesca a nivel municipal y ponerla en sus manos. La promesa de tener un organismo de control de la actividad en manos de un pescador respetado atrajo muchos votos. Sin embargo, unos meses más tarde, Julio nombró al Moncho, un desconocido para los pescadores de la localidad.

La relación entre ambos hombres era personal tanto como política. El Moncho había sido el chofer de Julio cuando éste era diputado provincial, y Julio necesitaba en ese entonces rodearse de gente en quien pudiera confiar. Este no era, ciertamente, el caso del hombre a quien Julio había recurrido para obtener los votos de los pescadores, por lo que parecía lógico nombrar para la estratégica nueva Dirección –que constituía una instancia propicia para la organización social y política de esos trabajadores– al Moncho, especialmente teniendo en cuenta que él había sido pescador y asociado de una cooperativa de pescadores que había funcionado tiempo antes en otra ciudad.

Pero el verdadero papel del Moncho iba mucho más allá del manejo del control municipal de la actividad pesquera. De hecho, él era, ante todo, un hombre de confianza de Julio, el hombre en cuyas manos él depositó la gallina de los huevos políticos de oro: el *corralón* municipal. Esta es la dependencia municipal encargada del mantenimiento y la limpieza de la ciudad, para lo cual distribuye las horas extras y maneja un gran número de personal *contratado* (es decir, temporal). Es, pues, un ámbito estratégico para obtener y manejar los recursos cuyo reparto es una clave del trabajo de un *puntero*<sup>9</sup>: ladrillos, chapas, colchones, etc. Como *encargado* del corralón y director de pesca, el Moncho controlaba un potencial de recursos que era el sueño de cualquier *puntero* local.

*Puntero* en ciernes, el Moncho desplegó una actividad febril que le permitió consolidar su posición rápidamente. Desde el corralón repartió favores (materiales de construcción y muebles para una familia que había perdido su casa, por ejemplo), y desde la Dirección desarrolló una serie de proyectos –nunca concretados– referidos a todas las actividades relacionadas con la zona del puerto (pesca, turismo, transporte fluvial de pasajeros, etc.). Además, los empleados *contratados* de la Dirección fueron pasados a la planta permanente de la Municipalidad. Al cabo de un año, de hecho, no había prácticamente actividad política alguna de la Municipalidad en la que el Moncho no estuviera involucrado. Durante los años que siguieron, y hasta las elecciones internas del Partido en 1994, el Moncho

---

9 Un *puntero* es un militante que controla un cierto número de votos que se presume cautivos. A través del proselitismo y rindiendo servicios a la gente de su área de influencia, establece su control sobre un conjunto de votantes, poniéndolos a disposición de su partido y, dentro de este, de su sector interno. El nombre *puntero* deriva de la capacidad que se les atribuye de contar (“puntear”) los votos de un determinado segmento de la población.

siguió desarrollando una intensa actividad política, siempre integrando el círculo de los colaboradores más estrechos de Julio.

Nuestro segundo *traidor*, Esteban Carbonari, es un médico pediatra que comenzó a actuar en la política local hacia 1987. Nacido en la ciudad, había regresado a ella -tras una ausencia de cinco años- como responsable local de un plan provincial de atención primaria de la salud. Para nada casual, su acceso al cargo revelaba sus contactos con el que por entonces era ministro de gobierno, educación y justicia de la provincia y que luego sería, entre 1991 y 1995, vicegobernador. Apenas llegado a la ciudad comienza su trabajo político, el que desemboca en la fundación de una agrupación local ligada a la línea provincial del ministro, con la cual debuta en las *internas* previas a las elecciones de diputados provinciales de 1989. Siempre como precandidato a intendente, el Doctor compete en las elecciones internas del Partido en 1991 y 1995, siendo derrotado en ambas ocasiones por la línea de Julio. Durante todo ese tiempo, su condición de pediatra del único hospital público de la ciudad había de ser la base de su accionar político, su vínculo directo con el segmento más humilde de la población. Las *internas* partidarias previas a las elecciones generales de 1995 habrían de unirlo con el Moncho.

## La traición

Voy a tener que enseñarle algunas cosas, Lauri. Por ejemplo que los buenos revolucionarios podemos empezar vestidos en Cacharel, porque siempre terminamos chapoteando en el barro, mordidos por la carroña, conduciendo una columna de andrajosos que buscan justicia. Estoy harto de burócratas que hicieron el camino inverso. A eso, ve, yo le llamo traición.

Oswaldo Soriano (A sus plantas rendido un león)

¿Cómo llega el Moncho, un hombre de confianza de Julio, a alinearse con su rival? Quizás la mejor manera de comprenderlo sea preguntarse por las aspiraciones del Moncho y por las posibilidades que tenía de satisfacerlas a través de su relación con Julio.

El Moncho se había convertido en un activo *puntero político* de la línea interna de Julio, trabajando sin descanso allí donde lo enviara. Luego de dejar el corralón para poder dedicarse tiempo completo a la Dirección de Pesca, había tenido que abandonarla como resultado de la *interna* entre su jefe y el diputado provincial que le disputaba el control del Partido a nivel local. La Dirección -merced, precisamente, al trabajo del Moncho- se había transformado en un espacio político

importante que el diputado trató primero de captar y, más tarde, de destruir. Luego de una lluvia de acusaciones de corrupción promovida por él en contra de la gente de Julio, éste realizó una serie de cambios en su equipo de gobierno, uno de los cuales fue la salida del Moncho de la Dirección. Sin embargo, éste siguió junto a Julio hasta que la definitiva derrota del diputado en la lucha por el control del peronismo local le despejó el camino para regresar al cargo.

La Dirección no era, sin embargo, el techo de las aspiraciones del Moncho. Pero ¿a qué más podía aspirar? Carecía de formación profesional alguna, lo cual hacía poco probable que alguna vez pudiera acceder a un cargo de relevancia en el poder ejecutivo provincial. El Moncho era bien consciente de ello y, en consecuencia, se propuso acceder a un cargo electivo.

El cargo que en principio le interesaba era el de senador provincial. Ya en 1992 había comenzado a manifestar sus aspiraciones y a operar en ese sentido. Pero, al desatarse la interna con vistas a las elecciones de mayo de 1995, se vio frustrado en su ambición, ya que Julio reservaba la senaduría para sí.

Por otra parte, los cargos electivos a que puede aspirar un político de la ciudad no son muchos. Además del intendente, existen doce concejales (de los que es improbable que un partido tenga más de seis o siete), un senador provincial y, con suerte, un diputado provincial (los diputados son votados considerando a la provincia como un único distrito, y es muy difícil que un departamento coloque más de un candidato en una posición expectante en cada lista). En suma, un cálculo generoso arroja un total de diez cargos, lo que significa que el reparto de las candidaturas es un asunto delicado. Así, Julio disponía de muy pocas posiciones para conformar a adherentes y aliados.

Después de algunas vacilaciones, Julio decidió ofrecer la precandidatura a intendente a Venancio Simoni, un joven dirigente que había sido su secretario de gobierno y que en ese entonces se desempeñaba como funcionario en una dirección del gobierno provincial. Entre tanto, apoyó para precandidato a diputado provincial a otro de sus allegados que era en ese momento el intendente. Las precandidaturas a concejales, por último, fueron a dar a manos de otros hombres del círculo de Julio y del de Simoni. Estas candidaturas, en general, se reservaron para *punteros* barriales destacados. La pregunta es ¿por qué el Moncho no recibió nada en este reparto?

Las razones para ello parecen haber sido tres. En primer lugar, Julio pensaba que el Moncho no estaba capacitado para acceder a posiciones más elevadas. Lo consideraba como un buen *puntero* –posición cuyas bases él le había concedido y en la que le había permitido crecer– y un cuadro útil para servicios puntuales, tales como el de hacer de fuerza de choque en la legislatura en ocasión de la

votación de una ley conflictiva. Pero no lo creía capacitado para tareas de más responsabilidad, para cargos de mayor nivel. Huelga decir que el Moncho no pensaba lo mismo: él se consideraba capacitado para asumir la senaduría y se sentía utilizado por Julio en ocasiones como aquella en que lo había enviado a hacer de factor de presión en la legislatura.

En segundo término, si bien el Moncho era un *puntero*, carecía en verdad de una base barrial. Su área de acción era la zona del puerto, densa en actividades pero casi deshabitada. Esto imponía límites relativamente estrechos a la cantidad de personas sobre cuyos votos el Moncho podía tratar de incidir. Es más, su trabajo político estaba dirigido hacia personas que, dado que vivían mayoritariamente en otras partes de la ciudad, eran alcanzadas también por otros *punteros*. Su trabajo era, pues, redundante, o al menos podía ser acusado de ello.

Finalmente, al Moncho le faltaba raigambre local. Desde el punto de vista del resto de la militancia era un *parvenue*, un recién llegado, si no a la política, al menos a la política local. Siete años de militancia en la ciudad no eran suficientes: el Moncho no se encontraba inserto en el entramado de relaciones de parentesco que informa la política a nivel barrial. Los *punteros* barriales, en su mayor parte, han nacido y se han criado, si no en el barrio donde operan, al menos en la ciudad, y se encuentran emparentados entre sí y, a veces, con sus jefes políticos. Así, cierto *puntero* que alguna vez fue concejal es padre de uno de los actuales concejales y suegro de Venancio Simoni. En otro barrio, el pescador a quien Julio había prometido la Dirección de Pesca y sus hermanos conforman un grupo de *punteros* que compite en tal papel con otra familia. Los ejemplos de esta clase se multiplican.

Todo parece indicar que su candidatura no era digestible para los *compañeros*.<sup>10</sup> En definitiva, el Moncho no sólo aspiraba al cargo electivo equivocado, sino que estaba equivocado al pretender aspirar a un cargo electivo. De allí su *traición*, lo que nos lleva de regreso al Doctor.

Las elecciones internas del Partido previas a las elecciones generales de 1995 se realizaron el día 5 de marzo. Aparte de la de Julio –cuya conformación final ya hemos visto– otras dos listas compitieron por el acceso a las candidaturas partidarias: la que encabezaba el Doctor y otra que presentaba como precandidato a intendente al “Tony” Nardone, un veterano político (ya en 1973 había sido concejal) que por ese entonces era senador provincial. El Moncho no figuraba en ninguna de las dos listas, pero trabajaba como vocero de prensa del Doctor y aseguraba que si su lista ganaba él sería secretario del Partido a nivel departamental. Sus pretensiones, evidentemente, se habían vuelto más modestas.

---

10 Compañero es el apelativo con que los peronistas se dirigen unos a otros. Los radicales, por su parte, utilizan el término correligionario

De Julio al Doctor, de senador a secretario del Partido, el camino del Moncho había sido largo y complejo. Su ruptura con Julio puede ser rastreada hasta los primeros meses de 1994, cuando había impulsado el nombre del entonces presidente del Partido a nivel local como precandidato a intendente. Hombre de extrema confianza de Julio, el presidente del Partido había integrado junto con él aquel grupo que lograra los primeros éxitos para el justicialismo en 1983 y 1987, y había sido secretario de gobierno y de acción social durante su período al frente de la Intendencia. Era, para muchos, el candidato natural para la Intendencia. De cara a las internas de 1995, Julio pensó, en un principio, proponerlo para ese cargo. El Moncho –entre otros *militantes*– apoyó esa nominación con entusiasmo porque, según decía, Julio le había ordenado que la promoviera. Pero más tarde Julio cambió de idea y propuso la precandidatura de Simoni, dejando mal parado al Moncho. No nos es posible saber a ciencia cierta si es verdad que éste había actuado bajo órdenes de Julio –algo bastante probable– o si, simplemente, había operado por su cuenta; lo cierto es que Julio desactivó los intentos hechos por el Moncho y un grupo de *militantes* a él allegados, quienes trataron de promover la candidatura del presidente del Partido organizando a la juventud del Partido para respaldarlo y fundado una agrupación.

Aunque se mostraba muy resentido porque pensaba que había sido utilizado para una maniobra política, y a pesar también de haber perdido la Dirección de Pesca (nuevas acusaciones de corrupción mediante), el Moncho permaneció junto a Julio hasta diciembre de 1994. La fecha de su alejamiento no fue casual: en ese mes se supo que Julio no sería –como se especulaba hasta entonces– precandidato a vicegobernador por la línea que apoyaba a nivel provincial. Ello hubiera significado un incremento de las posibilidades para nuestro hombre. Para empezar, Julio hubiese dejado libre la candidatura a senador, y el Moncho hubiera podido dar batalla por ella. Además, de concretarse, la precandidatura de Julio a vicegobernador hubiera significado la posibilidad de que otros hombres de su entorno accedieran a cargos de importancia en la administración provincial, dejando vacantes en algunas posiciones (electivas o no) a nivel municipal, a las que el Moncho podría haber aspirado.

El Moncho se dirigió entonces hacia el Tony Nardone, con quien trató de negociar una candidatura a concejal. En un principio, Nardone parecía dispuesto a otorgársela, pero las protestas de sus *militantes* lo impidieron: por más votos que pareciera capaz de atraer, el Moncho no dejaba de ser un recién llegado. Un intento posterior de colocar en la misma candidatura a una *militante* de su grupo falló por las mismas razones. Nuestro hombre pasó entonces a negociar con el Doctor, con quién –nueva rebaja de sus pretensiones mediante– finalmente tuvo éxito. De aspirante a senador por la línea mayoritaria había pasado a aspirante a secretario del Partido por una línea de la oposición. Sin embargo, podía considerarse afortunado: su relación con Julio, que antes había sido un punto a

su favor, no era ahora sino un estigma, y su trabajo previo como *militante* nada significaba fuera de la línea de Julio.

Las elecciones internas se realizaron a comienzos de marzo de 1995. El triunfo fue para la lista de Julio, bien que por un margen mucho más estrecho que los que había disfrutado en internas anteriores. Segunda fue la lista del Doctor y tercera, lejos, la de Nardone. Sobre un total apenas superior a los 5500 votos, las diferencias fueron de 287 para intendente, 405 para senador y 635 para diputado.

La estrechez de estos márgenes permitió a la gente del Doctor autoproclamarse –en palabras de un *militante*– “*ganadores morales*” de la compulsión. Si las dos listas minoritarias se hubieran unido –razonaban tanto ellos como los medios de comunicación locales– hubiesen ganado cómodamente: para intendente, por ejemplo, la lista de Julio había obtenido un 42.8 % contra un 57.2 % sumado por la oposición. Otro ingenioso cálculo –de un *militante* de la lista de Julio– concluía que el Doctor y los suyos no habían perdido “por 200 votos sino por 100 personas” que no hubieran votado a la lista ganadora y lo hubiesen hecho por ellos.

En esta sensación de victoria moral debemos, tal vez, buscar los gérmenes de la *traición*. De hecho, apenas pasada la *interna* comienzan, ominosos, los indicios de que algo fuera de lo común iba a suceder en las elecciones generales. Tony Nardone inicia contactos con el Doctor con vistas a sumar fuerzas para negociar con Julio su integración a la lista del Partido para las elecciones (la carta orgánica del justicialismo provincial no prevé mecanismo automático alguno de distribución de las candidaturas entre la mayoría y la primera minoría de acuerdo con los resultados de las *internas*). Al mismo tiempo, sin embargo, se perfila la posibilidad de que el Doctor abandone el justicialismo: corre el rumor de que –apenas cuatro días después de su *victoria moral*– el Doctor ha viajado a Buenos Aires a entrevistarse con José Octavio “Pilo” Bordón, el líder del partido PAIS, una de los dos socios mayoritarios de la segunda fuerza de oposición a nivel nacional, el FREPASO<sup>11</sup>. Al día siguiente, los principales dirigentes de la agrupación del Doctor se reúnen para evaluar la estrategia a seguir. Las opciones –según un diario local– son unirse al FREPASO a nivel provincial y nacional, aportando el grueso de

---

11 El FREPASO es una alianza que en las elecciones nacionales de 1995 se ubicaría como primera fuerza de oposición, desplazando a la UCR. Se trata de una fuerza autocalificada como de centro-izquierda, e integrada por diversas escisiones del peronismo y por varios partidos socialistas, entre otras fuerzas. El partido PAIS es una de las dos fuerzas principales del FREPASO. Lo encabeza José Octavio “Pilo” Bordón, ex gobernador de la provincia de Mendoza por el PJ. En las elecciones de 1995, Bordón sería candidato a presidente por el FREPASO, luego de derrotar sorpresivamente en elecciones internas abiertas –en las que se habilita para votar a todo el padrón electoral nacional, a diferencia de las internas cerradas, donde sólo votan los afiliados del partido– al otro principal referente de la alianza, el también ex-justicialista Carlos “Chacho” Alvarez. La afinidad del protagonista de nuestra historia, el Doctor, con Bordón, se relaciona con el origen peronista de éste

las candidaturas a nivel local, o formar una agrupación independiente, “*de corte vecinalista*”. Esta febril actividad negociadora respondía a una razón concreta: las elecciones generales habrían de desarrollarse apenas sesenta días después de las *internas* –un plazo de por sí inquietante para la gente de Julio, entre quienes se escuchaban frecuentemente quejas porque el cronograma electoral dejaba “poco tiempo para sanar las heridas de la interna”–.

Las negociaciones con Nardone se prologan, lo mismo que la actitud vacilante de nuestro hombre. Doce días han pasado desde las *internas* cuando, en una noche agitada, se reúnen primero los dirigentes y luego toda la militancia del sector. Aunque en esas reuniones se descarta la idea de formar una nueva agrupación *vecinalista* –porque no hay suficiente tiempo para hacerlo–, la idea de *ir por fuera del Partido* –alianza con el PAIS mediante– sigue predominando.

Finalmente, Nardone se aleja del Doctor. Más adelante, éste afirmaría –en una entrevista concedida a un semanario local– que “*seguramente entre Solari y Nardone debe haber habido un arreglo*”, si bien ni éste ni ninguno de los allegados del segundo se sumaron a la lista del Partido para las elecciones y, como veremos, las sospechas de *traición* también habían de alcanzar al Tony y a su candidato a senador, Jorge “Tato” Ortega. Por su parte, dirigentes locales del FREPASO declaraban públicamente que no aceptarían la incorporación de la agrupación del Doctor, acusándolo de oportunismo político.

Diecisiete días después de las *internas* una nueva asamblea, con la presencia de más de 400 personas, decidió que la agrupación se tomara tres días más para –en palabras de un diario local– “*agotar las instancias con el actual oficialismo para evitar una división*”, o –en otras palabras– negociar con Julio la conformación de la lista. Hacía varios días, sin embargo, que la prensa consignaba rumores de que el Doctor negociaba con Julio. Se decía que colocaría a uno de los suyos en una posición expectante en la lista de concejales, para lo cual Julio generaría una vacante desplazando a su *puntero* en el barrio de los pescadores, tradicional bastión que el Doctor les había arrebatado en la *interna*.

Al día siguiente, en una estancia cercana a la ciudad, se produce un encuentro entre ambos dirigentes. Interviene –se dice que como mediador– el vicegobernador en ejercicio, mentor político del Doctor. Confirmando los rumores, el *puntero* de Julio en el barrio de los pescadores es reemplazado en la lista de candidatos a concejales por Nilda Avente, una *militante* del sector opositor. Una semana más tarde, en la entrevista ya mencionada, nuestro hombre daba sus explicaciones:

Cuando el vicegobernador vino ya estaba todo decidido, porque cuando planteamos esta salida por fuera del justicialismo... con un partido vecinal y ... [el candidato del justicialismo] como candidato a

governador y fuimos a Buenos Aires, nos encontramos con que las estructuras legales condicionaban a que fuéramos juntos en una boleta sábana provincial y nacional con gente que no tiene nada que ver con el justicialismo. El vicegovernador viene a mediar en un encuentro con Solari, donde acercamos posiciones y luego surge una reunión donde se llega a un acuerdo por el séptimo lugar entre los concejales... En cuanto a mí no se plantea ningún cargo, pero sí, todavía estamos charlando de las posiciones en las tres estructuras: la Municipal, la provincial y la estructura central de gobierno”.

Es en este momento cuando podemos decir que los indicios de que iba a ocurrir algo poco común se transforman en presagios de *traición*. Porque, a pesar del acuerdo alcanzado por los dos dirigentes, se suceden sin cesar los rumores de que los *militantes* del Doctor estaban “*charlando a la gente*” para que “*cortaran boleta*”, votando a Nardo Liporacce, el candidato a intendente por el radicalismo.<sup>12</sup>

Así, a un mes de las elecciones, los radicales organizan un acto en un barrio de la ciudad, al que asisten –según un diario local– muchos justicialistas “*de base, militantes activos*”. Si bien el diario pertenece a una dirigente de la UCR y expresa los intereses de ese partido, podemos confiar en la veracidad de la noticia puesto que uno de los oradores del acto es Pablo Dieguez, *puntero* local de la agrupación del Doctor. También hace acto de presencia la presidente del Sindicato de Amas de Casa, dirigente justicialista del sector del Tony Nardone, liderando a un grupo de representantes de su asociación gremial.

El mismo diario publica, a once días de las elecciones, una supuesta “*carta de lectores anónima*” –casi seguramente escrita por su editoralista– según la cual, luego de las elecciones generales serían expulsados del justicialismo

algunos afiliados que abiertamente han participado en otros grupos políticos, denostando públicamente por todos los medios radiales y/o televisivos a los candidatos surgidos de las internas... Igual suerte correrían algunos afiliados que en la propaganda callejera se han convertido en críticos despiadados de la conducción... [De ser cierto, sería] un hecho inédito en las filas oficialistas locales... La razón que se esgrimiría para tal [sic] drástica medida sería la de grave conducta [sic] partidaria.

---

12 Para las elecciones se emplean las llamadas boletas “sábana”: una única boleta por cada fuerza electoral que contiene en diferentes secciones las candidaturas para todos los cargos en disputa en los niveles nacional, provincial y local. El elector puede cortar boleta, esto es, remover las secciones que desee, a fin de votar a otros candidatos o de abstenerse en una u otra categoría. No se permite, en cambio, tachar o enmendar las boletas

A medida que se aproxima el día de los comicios, se multiplican las declaraciones públicas de *militantes* barriales del sector del Doctor que, como antes lo hiciera Dieguez, manifiestan que no van a votar a Venancio Simoni para intendente aduciendo, en general, críticas respecto de las capacidades personales del candidato. El andar del justicialismo, sin embargo, parece firme: la “*caravana de la victoria*”, realizada a nueve días de las elecciones, reúne alrededor de 120 vehículos que acompañan a los candidatos en su recorrida por los barrios de la ciudad; y, a despecho de la persistente llovizna, una multitud saluda su paso.

Entre tanto, el Partido monta el habitual operativo para el día electoral. Se designa a algunos *militantes* como fiscales y se asigna a otros la tarea de “*llevar la gente a votar*”, es decir, de llevar hasta los lugares de votación a ancianos e inválidos, y a todos aquellos simpatizantes que vivieran lejos de ellos. Para ello se convoca a *militantes*, afiliados y simpatizantes para que presten sus autos y se alquila especialmente cierta cantidad de transportes públicos (taxis, remises y colectivos). Por último, se organiza la distribución de alimentos para los fiscales, y el ensobrado y distribución de las boletas.

Este operativo, montado varios días antes, no podía prever la torrencial lluvia que se desató durante la noche anterior al comicio. Perfectamente natural, esta incidencia apareció ante los *militantes* cargada de significación. Para empezar, la tormenta –que venía precedida de una prolongada sequía– hizo necesario obtener a último momento vehículos capaces de “*sacar*” a la gente que vive en el campo o en las calles de tierra que hay en la ciudad (esto es, camionetas, tractores y carros). Aunque los organizadores pudieron subsanar el inconveniente a tiempo, algunos *militantes* –quizás transfiriendo a la naturaleza el temor originado por la incertidumbre política de los últimos meses– lo consideraron como un signo adelantado de derrota porque, decían con fatalismo, los radicales “*tienen más camionetas*”. Por si esto fuera poco, cuando el presidente del Partido visita una zona inundable de la ciudad para colaborar en la asistencia a las familias evacuadas por causa de las lluvias, un afiliado le comenta que ese mismo día el presidente de la *comisión vecinal*, un *compañero*, se había acercado a *charlarle* para que *cortara boleta* en perjuicio del candidato a intendente.

Con tan funestos presagios, llega al fin el día de las elecciones. Mientras se desarrolla el operativo electoral y se organiza el por entonces llamado *baile de la victoria*, surge el último y más ominoso de todos los presagios: se corre la voz de que se han hallado boletas cortadas, sin la sección correspondiente al intendente, en los autos en que los *militantes* del sector del Doctor llevan a su gente a votar. Preocupados, algunos de los hombres de Julio se muestran sorprendidos por el fervor militante de los partidarios del Doctor, quienes participan muy activamente del operativo electoral.

A medida que se aproximan las seis de la tarde, hora de cierre del comicio, la tensión aumenta. Los medios gráficos, radiales y televisivos locales se instalan en la sede del Partido, concentrando sus modestos recursos allí donde esperan encontrar a los triunfadores. Los resultados locales comienzan a llegar mesa por mesa, respetando la tendencia general para los cargos de nivel nacional –revelada por las encuestas a boca de urna realizadas por los canales de televisión de la Capital Federal, que segundos después de cerrado el comicio anunciaran el triunfo del justicialismo– y mostrando claros triunfos del Partido en las elecciones de gobernador, senador provincial, diputados provinciales y concejales. En cambio, los guarismos revelan una ventaja estrecha y decreciente del candidato a intendente, Simoni, sobre su adversario radical. Si bien el clima en la sede partidaria sigue siendo de cruda excitación, en los corrillos comienza a cobrar fuerza la versión de la *traición*: el Doctor y los suyos, se dice, no sólo han mandado a cortar boleta, sino que han hecho que su gente votara al candidato de la UCR.

Los primeros sorprendidos por los resultados fueron los radicales –quienes no atinaron a salir a festejar frente a la Municipalidad, en la plaza principal de la ciudad, sino hasta las veintitrés horas–, y los medios de prensa –que debieron con urgencia destacar personal a la sede de la UCR–. Entre tanto, como sabemos, en la sede justicialista estallaba la violencia, transmitida en directo para toda la ciudad por los dos canales de televisión.

Felizmente, los dos presuntos *traidores* lograron huir sin sufrir mayores daños: el Moncho, pasando a otra casa por los fondos del terreno; el Doctor, gracias a la intervención del presidente del Partido, en una ambulancia y escoltado por la policía. Casualmente, la casa cercana donde el presidente consiguió atrincherar al Doctor hasta que pudo ser rescatado era la de Nilda Avente, la *militante* que él había colocado en la lista de candidatas a concejales como parte del arreglo negociado con Julio.

En algún sentido, puede decirse que la violencia así desatada se convirtió en la noticia más relevante para los medios locales, opacando al hecho mismo de la derrota peronista. A la mañana siguiente, el diario de los radicales escribía en el característico estilo de su editorialista:

De inmediato se dirigió a los presentes el diputado Solari en un improvisado discurso que aparentemente buceó las causas de la derrota en la intendencia y pareció, ya que todo esto era televisado por el canal ó en forma directa, que se estaba aludiendo a una traición dentro de las filas partidarias. De inmediato se formó un corrillo entre algunos de los presentes que intentaron arrebatarse el micrófono a Solari; y en

el tumulto pudo verse que fue salvajemente golpeado el Dr. Esteban Carbonari, que quedó en el suelo.

La imaginación del autor de la nota (lo único que quedó en el suelo fueron los anteojos del Doctor), revela quizás su exaltación por el triunfo del partido que el diario representa. El semanario local publicaba una semana más tarde una nota que refleja más fielmente el clima de aquella noche y el estado de cosas inmediatamente posterior a la derrota:

Apenas sonaron las campanas de los colegios y se oyó algún Viva la Patria al cierre del comicio, ya hubo militantes justicialistas que intuyendo la derrota, salieron a cobrar facturas entre sus compañeros, viviéndose momentos de muy alta tensión...

Las elecciones del domingo tuvieron para los peronistas un final de mufa; aunque lo más correcto sería llamarle un final de “mufla” por la altísima temperatura que generó la reacción endotérmica de los que salieron a buscar culpables por la derrota dentro de sus propias filas.

Eran apenas las seis de la tarde y lo único que había eran resultados de encuestas a boca de urna, ya un grupo de simpatizantes justicialistas expresaba su descontento y acusaba de traidores a cierto sector interno.

Las acusaciones más severas recayeron sobre Esteban Carbonari, Ramón Córdoba y la futura concejala Nilda Avente. A los dos primeros intentaron agredirlos y salvaron la ropa gracias a la oportuna intervención del presidente del Partido. En cambio Avente sufrió la rotura de los vidrios de su domicilio y el intento de ingresar a su casa para sacar a quienes allí se encontraban. Hubo tensión y desmayo de mujeres, y posterior custodia policial en el domicilio durante toda la noche.

Los ánimos estaban caldeados, los intereses mezclados, y cada uno repartía según la canasta que le venía a mano. Hacia el fin de semana estaba claro que algunos trabajaban abiertamente para el [candidato a intendente] radical Liporacce. La señora... [presidente] del Sindicato de Amas de Casa, afiliada y dirigente justicialista había manifestado públicamente su adhesión a Liporacce y mandó a votar por el radicalismo. También el ex-senador Tato Ortega distribuyó sobres con boletas cortadas, y se asegura que incluyó a la UCR en las candidaturas locales. Esto habría llegado a oídos de Solari, quien los subestimó en cantidad y peso, y a la hora de la derrota algunos pares le recriminaron su falta de acción para detener la conspiración. El afiliado Pablo Rafael Dieguez, también hizo el lunes una denuncia por amenazas. Tampoco se salvó el senador Nardone, culpado de haber aconsejado el voto a favor de la oposición radical...

Nadie cree, de todos modos, que entre los furiosos hubiera alguno capaz de desvenavar y degollar, pero asimismo nadie duda que querrán ver degüellos en los próximos meses, políticamente hablando, claro...

## De los hechos a la traición

Cuando el enemigo te abraza con entusiasmo y tus conciudadanos te rechazan con encono, es difícil que no te preguntes si no eres, en realidad, un traidor.

Ursula Kroeber Le Guin (Los desposeídos)

Si bien el relato precedente aspira a reconstruir los acontecimientos narrados combinando varias fuentes de información para construir una versión que no puede sino ser la nuestra, la de los antropólogos, el lector habrá advertido que en la narración de los acontecimientos posteriores a la *interna* justicialista adoptamos el punto de vista de los *militantes* de la agrupación de Julio Solari. Deliberadamente, hablamos de “indicios” de que algo inusual habría de suceder, y de su transformación en “presagios” de *traición*. En efecto, en el período comentado reinaba entre estos *militantes* un sentimiento de inquietud, un creciente temor de que el Doctor y los suyos entregaran *sus votos* a los radicales. La versión de la *traición*, que había comenzado antes de las elecciones en la forma de una serie de eventos que fueron interpretados como presagios de la desgracia por venir, se impuso de manera inmediata al cabo del comicio: cuando Julio mencionó a los *traidores* en su discurso, la gente supo precisamente de quienes estaba hablando porque hacía mucho tiempo que se sospechaba de ellos. Días más tarde, la admisión pública de haber votado al candidato radical por parte de la presidente del Sindicato de Amas de Casa no hizo más que confirmar la especie.

Tampoco el tiempo ha sido capaz de modificar la impresión prevaleciente de que la derrota del candidato a intendente fue producto de una *traición*. Mientras escribíamos una primera versión de estas líneas, a tres días de que se cumpliera el primer aniversario del hecho, escuchamos en la FM local al conductor del programa de mayor audiencia llamar “*compañeros boinas blancas*” a los peronistas que habían votado por el radicalismo en la elección de intendente. La broma –que combinaba el apelativo *compañeros* utilizado entre peronistas con la mención de las *boinas blancas* que tradicionalmente han identificado a los radicales– mereció por toda respuesta una carta en la que las personas a quienes el periodista hacía referencia adoptaban el apodo de buen grado, uniéndose al tono alegre de su interlocutor. Significativamente, sin embargo, ni la carta ni el

periodista mencionaron nombre alguno: aún hoy, quienes votaron a los radicales prefieren en general ocultar su identidad.

Innegablemente, tienen buenas razones para ello. Meses más tarde, en junio de 1996, se realizaba una reunión en la sede partidaria con la presencia del ministro de gobierno de la provincia, el presidente del Partido a nivel provincial, sus autoridades locales y *militantes* en general. Durante esa reunión, alguien manifestó con desagrado que los *traidores* “*están acá adentro*”, generando una situación de tensión que hubo de ser aplacada por Julio Solari, quien llamó a los presentes a “*poner el hombro*” para unir al justicialismo, exhortación que fue respondida por una salva de aplausos. Por esos días, en ocasión de una visita del gobernador a la ciudad, ocurrió otro incidente significativo. En la entrada del pueblo situada en dirección a la capital provincial, *militantes* del sector del Doctor hicieron dos *pintadas* agrupando su nombre con los del presidente de la Nación y el gobernador. Durante la noche de ese mismo día, alguien escribió con pintura roja la palabra *traidor*, con una flecha saliendo de ella en dirección al nombre del Doctor, el que, además, fue tachado. De corta vida, estas anónimas acusaciones fueron blanqueadas esa misma tarde por los *militantes* del sector agredido. En esos días se vieron también *pintadas* acusando al Moncho Córdoba de ser un *traidor*. “*Las acusaciones más severas*”, decía la nota citada más arriba, “recayeron sobre Esteban Carbonari, Ramón Córdoba y la futura concejala Nilda Avente”. Esto pudo ser cierto en un primer momento, pero lo cierto es que, con el paso del tiempo, el resentimiento de los derrotados pasó a centrarse fundamentalmente en las figuras del Doctor y el Moncho.

Cabe preguntarse, por otra parte, qué tan cierta es la versión de que hubo una *traición*. Porque, en verdad, existe una clara distancia entre los hechos que pueden ser comprobados y las implicaciones de la versión de la *traición*. La nota del semanario que hemos reproducido pone de manifiesto este punto cuando dice: “También el ex senador Tato Ortega distribuyó sobres con boletas cortadas, y se asegura que incluyó a la UCR en las candidaturas locales”. La diferencia entre lo que a ciencia cierta podemos afirmar que ocurrió y lo que supone la versión de la *traición* es la que hay entre el “*distribuyó*” referido a las boletas peronistas cortadas y el “*se asegura que incluyó*” referido a las boletas radicales para candidaturas locales. Nadie puede demostrar que el Moncho Córdoba, Nilda Avente, Pablo Dieguez y los demás *militantes* de la agrupación del Doctor distribuyeron los fragmentos de las boletas radicales correspondientes a la candidatura a intendente.

Las razones por las que es imposible probar tal cosa son varias. Por un lado, la propia organización del comicio lo impide. La ciudad estaba dividida en dos circuitos electorales, con dos lugares de votación en cada uno donde la población era distribuida alfabéticamente en mesas masculinas y femeninas. Esta organización hace imposible evaluar sobre bases confiables el comportamiento del electorado

de cada barrio de la ciudad. Esto significa que no se puede saber si, por ejemplo, los eventuales votos consistentes en boletas peronistas cortadas combinadas con el fragmento de la boleta radical dedicado a la Intendencia corresponden o no a los votantes *llevados* por Pablo Dieguez o por el Moncho, porque tales votos aparecen mezclados en las mismas urnas con los de personas que no tienen nada que ver con ellos, votantes de otros barrios manejados por otros *punteros*. Cualquiera puede haber cortado boleta de esa manera, incluyendo a los votantes *llevados* por los *militantes* de la agrupación del candidato derrotado, sin que sea posible determinarlo a posteriori.

Por otra parte, si bien se encontraron boletas cortadas en los vehículos utilizados por la gente del Doctor, no se halló en ningún caso boletas radicales para intendente. Tampoco, por último, hubo antes de las elecciones declaraciones públicas –ni privadas de que se tenga noticia– del Doctor o de sus principales allegados instando a sus seguidores a votar a la UCR. Sólo *militantes* de poca monta –entre los cuales Pablo Dieguez, un simple *puntero* barrial, es el más destacado– lo hicieron, lo que no prueba en lo absoluto que el Doctor y los suyos optaran orgánicamente por favorecer al candidato radical. De hecho, la negociación que culminó con la inclusión de Nilda Avente en la lista de concejales y las pretensiones expresadas por el Doctor en el sentido de que en el futuro su gente participaría en “*las tres estructuras*” del gobierno, parecen indicar que el dirigente opositor no tenía intenciones de promover el voto por los radicales. En cuanto al Moncho Córdoba, ni siquiera hay pruebas que lo incriminen individualmente: votantes *llevados* por él nos comentaron que les había entregado boletas cortadas, pero en ningún momento mencionaron la inclusión del candidato radical a la Intendencia.

En suma, es claro que no podemos saber si la entrega de votos existió o no y, en caso de haber existido, si fue una resolución orgánica de la agrupación o si las indecisiones de el Doctor en el período posterior a las internas hicieron que cada uno de sus *militantes* de tercera y cuarta líneas se sintiera libre para tomar sus propias decisiones de cara al comicio. No es esto, sin embargo, lo que nos interesa determinar. Lo que nos importa es que los dirigentes, *militantes* y votantes del sector de Julio Solari pensaron –y aún hoy piensan– que esa entrega de votos existió y que fue una decisión unificada de la agrupación opositora; y nos importa también que la consideraran una *traición* y que, de entre todos los presuntos *traidores*, destacaran como culpable –además de al conductor de la agrupación– al Moncho Córdoba, a pesar de que, a diferencia de otros *punteros* del sector, él no hizo pública en ningún momento su supuesta intención de promover el voto por el candidato radical. Así, pues, nos dedicaremos al examen de la interpretación que los actores dieron a los hechos más que al de éstos en sí mismos.

El problema que nos ocupa se revela más complejo cuando se atiende a dos hechos fundamentales. En primer lugar, no se trata de una sino de dos *traiciones*: una colectiva, del Doctor y su gente al Partido, y otra individual, del Moncho a Julio. Segundo, ya hemos visto que, si bien se considera como *traidores* a todos los *militantes* del sector acusado de la entrega de votos, pasada la exaltación inicial la responsabilidad por esa entrega y por sus efectos pasó a ser atribuida principalmente al Doctor y al Moncho. Más adelante examinaremos extensamente la compleja relación entre ambas *traiciones*, la cual nos parece la clave para comprender el sentido mismo del uso del término *traición* en este contexto. Por el momento, nos ocuparemos de la progresiva concentración de la responsabilidad sobre las personas de nuestros dos protagonistas.

La explicación de esta concentración es diferente en cada caso. Al Doctor le cabe una responsabilidad central porque es quien encabeza al sector y se supone que la entrega de votos respondió a una decisión que –en última instancia– fue suya. Como hemos visto, nadie puede probar tal cosa, pero se trata de una creencia avalada por la forma en que habitualmente operan los sectores internos del Partido a nivel local (como veremos más adelante con relación al sector de Julio); y, por otra parte, aun cuando no se hubiera tratado de una resolución orgánica del sector –esto es, de una orden del Doctor– él debe controlar a sus *punteros* y *militantes*.

En cuanto al Moncho, no sólo se lo acusa de dos *traiciones*, sino que se lo considera como el responsable de la derrota. Julio y los suyos consideran que él manejaba aproximadamente unos 70 votos y, puesto que la derrota del Partido fue por una diferencia de 91 votos, razonan que la transferencia de esos votantes de su sector al del Doctor fue una de las razones –sino *la razón*– de la derrota. De esta manera, la primera *traición*, la del Moncho a Julio, aparece dando cuenta de los efectos de la segunda *traición*, la del Doctor y su gente al Partido. La responsabilidad individual del Moncho se expande hasta ocupar, junto con la del Doctor –y quizás por encima de ella–, el lugar de la responsabilidad colectiva de todos los *compañeros* acusados de entregar *sus votos* a los radicales.

## Traición y confianza

I knew they felt I was being ungrateful. When I was in distress, so that I wanted a refuge to hide in, Francis had set to work to bring me to the college... and now, at the first major conflict, I betrayed him. I thought how much one expects from those to whom one does a good turn; it takes a long while to learn that, by the laws of human nature, one does not often get it. C.P. Snow (The masters)

Construimos nuestras más trascendentales resoluciones sobre un complicado sistema de representaciones, la mayoría de las cuales suponen la confianza en que no somos engañados.

Georg Simmel

Tenemos entonces, dos situaciones diferentes –aunque interrelacionadas– calificadas por los actores de la misma manera. El punto a analizar es, pues, el de las bases o los fundamentos de los lazos que fueron quebrantados en cada caso. Esto es, debemos analizar las formas de *confianza* implicadas, a fin de determinar exactamente el sentido que reviste el término “traición” cuando se lo aplica a cada evento en particular. Georg Simmel define a la confianza como “una hipótesis sobre la conducta futura de otro, hipótesis que ofrece seguridad suficiente para fundar en ella una actividad práctica”. (1939: 340). Simmel añade que, siendo una hipótesis, constituye un grado intermedio entre el saber acerca de los otros y la ignorancia respecto a ellos. Esto lo conduce a preguntarse en qué grado han de combinarse saber e ignorancia para hacer posible la decisión práctica, fundada en la confianza. “Decídenlo”, responde, “la época, la esfera de intereses, los individuos” (1939: 340). Vale decir que estamos ante un fenómeno socialmente situado, y que para explicar los límites y la forma de la confianza debemos analizar, para cada caso particular, cómo la conceptualizan y cómo la construyen los actores.

En un conocido texto programático, Ward Goodenough afirmaba que: “Presentarse a uno mismo como miembro de una comunidad o de cualquier otro grupo social es comprometerse a respetar sus reglas. No respetarlas es traicionar una confianza” (1975: 213). Sin embargo, la apelación al concepto de confianza para referirse a la constitución de grupos no está demasiado extendida en la literatura antropológica. Por lo general, se ha utilizado el término “confianza” para hacer referencia al conocimiento mutuo que se encuentra en la base de las relaciones diádicas en general (cfr. Blau 1964) y, típicamente, del clientelismo

(cfr. Einstadt y Roniger 1984). Generalmente, este tipo de confianza se considera como el producto y, al mismo tiempo, el fundamento de series de intercambios recíprocos. En cambio, al ir más allá de las relaciones diádicas para analizar los fundamentos de relaciones complejas de pertenencia a grupos, los antropólogos no han hablado de “confianza” en un sentido claro o, siquiera, unívoco. El propio Goodenough, quien la relaciona con sentimientos asociados a la moralidad, no ofrece un desarrollo exhaustivo del concepto.

En términos generales, los antropólogos han tratado al cemento de las relaciones intragrupalas en términos de “identidad”, “solidaridad”, “exclusividad moral”, “límites” que son “mantenidos”, y otros conceptos. En estos términos se ha analizado una extensa gama de hechos sociales, tales como rituales, ceremonias, juegos, chismes, estilos de vestimenta y múltiples etcéteras entre los que destaca, una vez más, la reciprocidad. En los términos de la perspectiva de Simmel, sin embargo, podemos decir que actividades y patrones simbólicos como los mencionados permiten la creación de *formas específicas de confianza* que caracterizan a cada tipo de agrupamiento social y, más particularmente, a cada agrupamiento concreto.

En nuestro caso, nos encontramos ante (*a*) relaciones entre miembros de un partido político y (*b*) relaciones entre los *militantes* y el líder de un sector interno del mismo partido. Para analizar estos dos casos resultará útil una distinción realizada por Simmel (1939:340 y 341) entre dos tipos de confianza: aquella basada en el *conocimiento personal* del otro, el conocimiento de sus “cualidades personales”, y la que se basa en el *conocimiento de ciertas exterioridades* referentes al otro, un conocimiento general “que sólo se refiere a lo objetivo de la persona”, a los signos visibles de su condición social. Simmel tendía a considerar a estos tipos como momentos históricos diferentes: la paulatina “objetivación de la cultura” habría conducido a que la confianza fundada en exterioridades substituyera en gran medida a la basada en el conocimiento personal, predominante en “circunstancias más primitivas y menos diferenciadas”; hoy en día, las “tradiciones e instituciones, el poder de la opinión pública y el rigor de la situación de cada cual” determinan tan inexorablemente la conducta del individuo que basta conocer ciertas exterioridades para generar la confianza. Independientemente del valor de esta hipótesis evolutiva, el propio Simmel afirma que la confianza basada en el conocimiento personal sigue siendo importante en aquellos casos en que la asociación entre dos individuos “tiene una importancia esencial para la *existencia total* de los copartícipes”, como por ejemplo en las relaciones entre socios comerciales (1939:341). En verdad, independientemente de la opinión de Simmel –quien, a juzgar por el ejemplo que ofrece, parece haber concebido las situaciones que requieren de la combinación de ambos tipos de confianza de manera muy amplia– parece sensato suponer que, en muchos casos, la confianza que se encuentra en la base de una relación social ha de presentar una combinación de conocimiento de rasgos externos y de conocimiento personal.

En lo que respecta a nuestro caso, en la medida en que tratamos con dos tipos de relaciones y, por ende, con dos formas de confianza, encontraremos que la incidencia relativa de las dos clases de conocimiento no es la misma. Ello no obstante, como veremos a continuación, ambas formas de confianza comparten ciertos rasgos que resultan críticos para comprender el sentido estricto de la acusación de “traición” levantada contra el Moncho y el Doctor.

## Lealtad y traición

Duncan. *¿Se ha ejecutado ya a Cawdor? ¿No han vuelto todavía los comisionados para juzgarle?*

Malcolm. *Majestad, todavía no han vuelto. Pero he hablado con uno que le vio morir, y me ha contado que con toda franqueza confesó sus traiciones, imploró el perdón de Vuestra Majestad, y mostró un profundo arrepentimiento; nada en su vida le honró tanto como el modo de dejarla. Murió como quien hubiera estudiado, para su muerte, arrojar la cosa más preciosa que tuviera como si fuera una insignificancia vana.*

Duncan. *No hay arte para hallar en el rostro el modo de ser de la mente. Era un caballero en quien yo había puesto absoluta confianza.*

William Shakespeare  
(*Macbeth*, Acto primero, escena IV).

En el análisis de la *ruptura de la relación partidaria*, en la presunta entrega de votos al adversario radical, nos encontramos con la violación de una forma de confianza fuertemente objetivada. Si bien es cierto que los miembros de un partido político se encuentran vinculados entre sí por una compleja red de relaciones personales, y es igualmente cierto que en un ámbito pequeño como el de la ciudad en cuestión todos esos *militantes* se conocen personalmente, la pertenencia al partido se encuentra sustentada genéricamente por una forma de confianza que remite a rasgos externos, visibles, más que a aquel conocimiento personal. La confianza básica existente entre los miembros de un partido político resulta, substancialmente, de la adhesión a símbolos comunes: en el caso del justicialismo, la confianza entre *compañeros* es construida en términos del concepto de *lealtad*.

La historia del concepto peronista de *lealtad* se remonta hasta el 17 de octubre de 1945. No intentaremos reseñar los acontecimientos de ese día –la inmensa

movilización popular en apoyo del entonces coronel Juan Domingo Perón, detenido por el gobierno militar que él mismo integraba–, que han sido objeto de múltiples estudios (cf. los compilados por Torre, 1995). Lo que nos interesa es señalar que los dos primeros gobiernos de Perón (1945-1955) presenciaron la construcción de un discurso donde el 17 de octubre aparece como el *día de la lealtad*. Según Federico Neiburg (1995), el discurso acerca del 17 de octubre constituye el mito de origen del peronismo. Su elaboración parece haber estado relacionada con las características de su base política –una alianza de partidos heterogéneos que comenzó a fracturarse inmediatamente después de las elecciones que llevaron a Perón al gobierno– (Plotkin 1995: 174 y ss.) y social –la nueva clase obrera de la ciudad de Buenos Aires, de origen rural, un actor nuevo en la política argentina–. Este discurso habría sido un instrumento tendiente a la conformación del *Movimiento* peronista, centrado en el líder, heterogéneo y sólo parcialmente institucionalizado en forma de partido político. Esta función política se revela en la apreciable distancia existente entre su contenido y los hechos históricos (puesta de manifiesto diversos autores, cfr.: Navarro 1995, Plotkin 1995, Neiburg 1995), así como en las reformulaciones de que fue objeto antes y después del golpe de estado que derrocó a Perón en 1955.

El discurso se centra en las relaciones entre tres actores. Por un lado, la relación entre el líder y sus seguidores, los *descamisados*, quienes demostraron su *lealtad* a Perón, exigiendo su liberación. La movilización del pueblo en la jornada del 17 de octubre encarna las principales características asociadas con el concepto de *lealtad*: la *fidelidad* –epitomizada por la esposa del líder, Eva Perón, *Evita*, fiel a Perón en su momento más oscuro (Navarro 1995: 155, 166)– y la *militancia* –los *descamisados*, movilizándose por él–. Por el otro lado, el discurso contrapone esta relación a la existente entre Perón y sus antiguos amigos del gobierno militar que lo habían encarcelado, los *traidores*, nunca claramente identificados (Plotkin 1995: 197). Así, pues, *leales* y *traidores* se oponen, enfrentándose en virtud de sus actitudes opuestas para con el líder.

Más allá de las transformaciones históricas de este discurso, lo cierto es que el par de conceptos opuestos se ha mantenido como un componente esencial del simbolismo peronista: se acepte o no considerarlo como un mito de origen, es un hecho que el discurso acerca del 17 de octubre ha hecho por el peronismo lo que, según Neiburg (1995:231), hacen esos mitos: proporcionar, hablando del pasado, categorías que permiten “comprender el presente y planear el futuro”. En efecto, hechos y figuras de la historia política de la Argentina de los últimos cincuenta años han seguido siendo presentados por discursos emanados del peronismo en términos de *lealtad* y *traición*. Y, en la medida en que estas categorías estructuran la percepción de la realidad, operan también como factores centrales de estructuración de las conductas: la del *militante* peronista y la del *compañero*, el adherente peronista en general, milite o no. Podría decirse, en este sentido, que el concepto de *lealtad* opera como

una suerte de *principio articulador* (Cohen 1974:102) del *movimiento* peronista<sup>13</sup>: como una forma simbólica que –en virtud de determinados procesos históricos y del potencial simbólico que su flexibilidad le confiere– ha adquirido un carácter predominante en su organización.

La confianza existe entre peronistas en la medida en que la *lealtad* puede ser dada por supuesta: se confía en un *compañero* porque se supone que él o ella es *leal*, vale decir, que es *fiel* (a Perón, al líder, al *movimiento*, al partido) y que *milita* en favor de la causa común. Ser confiable, es, pues, ser *leal*, y ello supone –ciertamente– demostrarlo cuando la ocasión así lo requiere. Pero, regularmente, supone expresar la *lealtad* más que demostrarla. Esta expresión se produce a través de la adhesión manifiesta y cotidiana a los *símbolos de la lealtad*: un lenguaje (*compañeros, lealtad, día de la lealtad, Evita*, etc.) consignas (*Perón vuelve; la vida por Perón; para un peronista no hay nada mejor que otro peronista*; etc.), la marcha peronista, etc. Este despliegue de recursos simbólicos es el responsable de producir y reproducir cotidianamente la confianza básica que cimienta las relaciones entre los *militantes* peronistas. Sin embargo, las formas simbólicas no bastan, por sí solas, para mantener la confianza cuando se interrumpen las solidaridades que en ella se fundan.

Al quebrantarse las solidaridades que la confianza sostiene y supone, ella se esfuma bruscamente. Ahora bien, es de esperar que esto sea conceptualizado por los actores en términos de los símbolos que objetivizan la confianza: en este caso, en términos del par de opuestos conformado por los conceptos de *lealtad* y *traición*. Tal es, de hecho, el caso en la situación que nos ocupa, pero en modo alguno se trata de un efecto automático de la presencia del concepto de *lealtad* como principio articulador del *movimiento*. En efecto –como cualquier repaso superficial de la historia del peronismo sería capaz de mostrar–, no todas las acciones que en abstracto constituirían traiciones en términos de estos símbolos son representadas de esa forma por los actores, ni estos asumen una actitud unificada ante cada una de ellas. Hablar de *traición* y de *traidores* es atribuir *ex-post facto* determinados significados a eventos y personas, y tal atribución nunca es una función automática del contenido de los conceptos definidos en abstracto, sino que es el producto de un

---

13 Abner Cohen emplea el concepto de “principio articulador” para analizar la organización de los grupos de interés informales, tales como grupos étnicos, élites, grupos religiosos, etc. (1974: caps. 5 y 6 especialmente). Por nuestra parte, creemos que la presencia destacada de principios articuladores no es privativa de los grupos informales. Sin embargo, el peronismo es, en cierta medida, un agrupamiento informal. Por una parte, como queda dicho, el peronismo se ha caracterizado históricamente por el hecho de que el partido que lo expresa formalmente –el Justicialista– no representa cabalmente la compleja heterogeneidad del movimiento; y, por otro lado, el partido tiende a aparecer diluido tanto en el discurso de sus miembros –que se autoadscriben más bien al movimiento– como en sus prácticas políticas –habitualmente centradas en liderazgos fuertes más que en los organismos partidarios formales.

proceso de interpretación concreto, situado socialmente. Es preciso, pues, atender a cada situación social en toda su complejidad.

Para dar cuenta acabadamente de la aplicación del concepto de *traición* en nuestro caso es preciso, creemos, atender a los efectos de las acciones en cuestión y al carácter específico de las relaciones existentes entre los actores en el momento de los hechos, factores ambos que califican la situación más allá del hecho de que se haya registrado una ruptura de la solidaridad fundada en la confianza genérica existente entre *compañeros*. En primer lugar, el desastroso efecto atribuido a la supuesta entrega de votos –la pérdida de la Intendencia– contrastó fuertemente con el amplio triunfo logrado por el Partido en la votación para la integración del Consejo Deliberante: la notable diferencia existente entre la derrota por 91 votos en un caso y la victoria por 608 en el otro sólo podía conducir a la atribución de una responsabilidad excluyente por la derrota al sector discolo. Al haberse encontrado boletas a las que les faltaba precisamente la sección del voto a intendente en los vehículos empleados por los hombres del Doctor, resultaba natural concluir que sin ese corte el Partido hubiera conservado la Intendencia. En segundo lugar, no sólo el Doctor y los suyos eran a priori confiables por ser *compañeros*, sino que hasta último momento habían negociado su incorporación al nuevo gobierno: Nilda Avente había sido incorporada a la lista de candidatos a concejales y el mismo Doctor había admitido ante la prensa que se estaba tratando la incorporación de su gente a “*las tres estructuras de gobierno*”. En estas condiciones, la entrega de votos al adversario no sólo aparecía como subrepticia sino como artera, porque la relación entre ambos sectores era, formalmente, una alianza –bien que tensa–. Hasta último momento el Doctor había manifestado su *lealtad* y –si bien algunos *militantes* de su agrupación habían llamado públicamente a votar al candidato radical– su voluntad negociadora parecía implicar que los acontecimientos no se desviarían del curso normal. En este sentido, en la medida en que el Doctor había negociado y establecido una alianza con su vencedor, puede decirse que la confianza quebrantada no se fundaba solamente en el conocimiento de exterioridades referentes a los vencidos –el de los “signos visibles” de su *lealtad*– sino también en un conocimiento personal –el del compromiso asumido por el Doctor, implícito en el acuerdo–. De allí, creemos, el carácter extremo de la reacción de los afectados, de allí la acusación de *traición*.

Como hemos dicho, la relación entre Julio Solari y el Moncho Córdoba era tanto política como personal: el Moncho era un hombre de confianza de Julio, no un simple *militante*, y esa confianza se fundaba en una relación personal duradera construida en el curso de la actividad política compartida. Estamos, pues, ante la *ruptura de una relación política personal*. De hecho, en el nivel político local, las relaciones entre líderes y seguidores generalmente pertenecen a esta clase: entre ellos existe confianza porque existe un conocimiento personal desarrollado a través de prolongadas series de intercambios recíprocos. Sin embargo, estas relaciones son también relaciones entre *compañeros* y, en consecuencia, quedan atrapadas

en los parámetros del principio articulador que predomina en la organización del *movimiento*: ellas son construidas y expresadas en términos del concepto de *lealtad*.

En efecto, los seguidores de Julio manifiestan su lealtad cotidianamente mediante una serie de expresiones que resaltan el carácter indisoluble de la relación. El Moncho solía decir que Julio era “*como un padre*” para él, una expresión que otros de sus seguidores suelen emplear. La disposición a arriesgar la vida y a matar por el líder aparece como manifestación de *lealtad*. En una ocasión, cuando la relación del Moncho con Julio pasaba por el mejor momento, aquél hacía gala de su exaltación cuando se trataba de enfrentar a los rivales de su jefe en la lucha por el control del peronismo local; refiriéndose a su reacción ante una manifestación sindical en contra de Julio (por entonces intendente) que suponía digitada por los adversarios internos, el Moncho nos decía:

Anoche en el bingo [después de la manifestación], cuando Julio se fue, me dijo que me calmara, que tratara de arreglar las cosas, porque yo, con un whisky de más, los quería agarrar a trompadas. Yo le dije a Julio: “mirá hermano, yo soy leal; si hay que darle de comer a los ‘cuervos’ [los adversarios internos], les doy. Por vos, hermano, porque vos me lo pedís. Pero ahora, si mato a un ‘cuervo’, no me digas nada”.

En el discurso de estos hombres, la *lealtad* aparece como un parámetro inmodificable de sus vidas. Así, sus manifestaciones se hacen particularmente explícitas en los momentos en que sus relaciones se ven sometidas a grandes tensiones que amenazan con quebrantarlas. Cuando su relación ya se encontraba en franco deterioro, el Moncho afirmaba que le *debía todo* a Julio y que, por eso, se mantenía junto a él aunque sus acciones lo perjudicaran. En 1996, durante una cena con los antropólogos, un *militante* muy cercano a Julio nos decía que en su opinión la Intendencia se había perdido por errores políticos del líder. Esa derrota le había significado la pérdida de su empleo, y se mostraba molesto, criticando agriamente la soberbia de su jefe que lo había llevado, decía, a embarcarse en una estrategia equivocada. Claramente resentido, se ocupaba, sin embargo, de manifestar su *lealtad* para con Julio, a quien decía querer *como a un padre* y prometía acompañar siempre a despecho de lo sucedido.

A pesar de sus diferentes naturalezas, la confianza fundante de la solidaridad partidaria y la confianza base de la relación entre el líder y sus seguidores, son construidas y mantenidas mediante los mismos símbolos. Esto es función, como ya se ha dicho, del hecho que quienes se encuentran vinculados como líder y seguidor son, en un nivel más general o más básico de su relación, *compañeros*: la relación entre miembros del *movimiento* y del partido subsume a la relación jerárquica personalizada que se entabla entre algunos de ellos. Otro factor que contribuye a explicar esta identidad simbólica es la inexistencia práctica del Partido Justicialista como organización formal

a nivel local: los organismos partidarios tienen una existencia meramente formal, y los sectores internos del partido generalmente no están constituidos formalmente como agrupaciones o *líneas* internas. Así, el sector que encabeza Julio es un grupo informal, centrado completamente en su persona y estructurado por su liderazgo. En estas condiciones, tal como lo señala Cohen (1974), cobran particular importancia los símbolos capaces de operar como principios articuladores, y dado el hecho de que se trata de una agrupación peronista, el concepto de *lealtad* aparece como el símbolo con más posibilidades de ocupar esa posición –no en vano, como ya se ha dicho, el peronismo es un *movimiento* antes que un partido–.

Todo lo dicho hasta el momento contribuye a aclarar el sentido de la acusación de *traición* que recayó sobre el Moncho, pero no es suficiente para explicarla. Una vez más, es cierto, nos encontramos ante una atribución de sentido que no puede ser explicada en función de conceptos abstractos. Pero esto no es todo. Porque, de hecho, la ruptura del Moncho con Julio y su peregrinaje interno hacia las huestes del Doctor no fueron inmediatamente considerados como una *traición*: sólo al saberse el resultado de las elecciones, al conocerse la derrota, nuestro hombre fue calificado como *traidor* en relación con aquellos hechos.

En efecto, durante los meses que mediaron entre el alejamiento de los dos hombres y las elecciones, ninguna voz se alzó para acusar al Moncho de haber hecho algo reprochable. De hecho, su migración hacia el sector del Doctor había sido pública, y se había producido como efecto de una serie de reveses políticos sufridos en pocos meses (la fallida promoción de la candidatura del presidente del Partido, la pérdida de la Dirección de Pesca, la frustración de sus aspiraciones a la candidatura para senador provincial). En esas condiciones, parecía lógico que el Moncho buscara nuevos aires, una actitud, por otra parte, muy común en política y considerada generalmente como perfectamente natural. No todo el que cambia de bando es un *traidor*: que lo sea o no depende de las circunstancias y los efectos de su acción. Para desgracia del Moncho, sin embargo, las circunstancias no son datos objetivos, y los efectos atribuidos a sus acciones modificaron completamente la forma en que sus *compañeros* las veían. Lo que es natural mientras se organiza el *baile de la victoria* pasa a ser aberrante cuando hay que ver por televisión el festejo de los adversarios.

El punto es que, hablando estrictamente, la segunda *traición* fue la primera. Cuando los perdedores consideraron que el Moncho había entregado *sus votos* a los radicales –¡los votos causantes de la derrota!–, sintieron retrospectivamente que ya los había *traicionado* al pasarse al bando del Doctor. Si antes parecía que Julio virtualmente lo había empujado a buscar un nuevo jefe político, entonces pareció que el Moncho había *sacado los pies del plato* por propia voluntad: una pirueta política rutinaria pasó a ser entendida como el quebrantamiento de la confianza personal que el líder había depositado en su *puntero*. La creencia en que se había producido una *traición* el día de los comicios produjo una *resignificación* de las acciones previas

del Moncho, convirtiéndolas, a los ojos de los perdedores, en una *traición* anterior y, en cierto sentido, más perversa. El proceso de atribución de sentidos –la creación de las *traiciones*– siguió un orden inverso al del desarrollo de los acontecimientos: el Moncho se separó de Julio y se unió al Doctor antes de las elecciones, pero la *traición* que se supone cometió en ellas fue, de hecho, anterior a aquella de la que hizo objeto a su antiguo líder.

## El precio de la traición

¡Oh, Gloriosísimo Apóstol San Judas Tadeo! Siervo fiel y amigo de Jesús, el nombre del traidor que entregó a vuestro querido Maestro en manos de sus enemigos ha sido la causa de que muchos os hayan olvidado... Oración a San Judas Tadeo, Patrón de los Casos Difíciles y Desesperados

¿Cuál es, entonces, el significado de la acusación de *traición* que se hacía a nuestros hombres? La *traición* se entiende aquí como la actitud opuesta a la *lealtad* peronista. Ya hemos visto que la *fidelidad* y la *militancia* son sus características principales; por ende, cuando el Doctor y el Moncho son tildados de *traidores* se los está acusando de ser infieles y de haber fallado como *militantes*. Pero ¿qué significa esto? Del peronista se espera que se movilice por la causa. Cuando se trata de un *compañero* que no se dedica activamente a la política, se espera que asista a los actos partidarios, que utilice cierto lenguaje y pronuncie ciertas consignas, y, sobre todo, que vote a los candidatos del partido. Pero cuando se trata de un *militante*, se espera algo más: que trabaje para el partido en las tareas que se le asignen y, particularmente, que consiga votos. Los votos son el capital del partido, el de cada uno de sus sectores internos, y también el de un *militante*. Y es aquí, precisamente, donde se ubica la falta que se atribuye a nuestros hombres. Cuando el Doctor y su gente entregaron *sus votos* a los radicales, despojaron al Partido de sus bienes más preciados; y cuando el Moncho se unió al Doctor, no sólo despojó a Julio de una parte de tales bienes, sino que preparó el despojo que luego sufrió el Partido, proporcionándole su efectividad. De esta suerte, ellos faltaron, o eso creen sus *compañeros*, a su obligación fundamental como *militantes* peronistas: fueron infieles, y lo fueron, precisamente, con respecto a la obligación capital de un *militante*.

Como no podía ser de otra manera, los protagonistas de nuestra historia debieron pagar el precio de su *traición*. Y, como es de esperar, la culpa se cotizó de manera diferente para cada uno de ellos. Por un lado, el Doctor no debió soportar más que la pérdida de la confianza del resto del Partido; ello supuso cierto retroceso político para él, pero siguió al frente de su sector, convertido en uno de los dos referentes más importantes del peronismo local. El Moncho, en cambio, se ha visto excluido

de la política local: no ha vuelto a ocupar cargos públicos ni partidarios, y ya ni siquiera actúa como *puntero*. Considerando que siempre careció de una base firme a nivel local, parece improbable que pueda volver a tener un lugar en la política de la ciudad.

Estas diferencias son, en gran medida, una imposición del pragmatismo político. El Doctor encabeza un sector interno de gran peso, y esto debió ser reconocido cuando una vez pasado el furor inicial, sus adversarios tuvieron la oportunidad de detenerse a pensar que -tal vez- lincharlo no era una idea tan buena. Nadie en el peronismo quiere, obviamente, que el Doctor se pase al FREPASO, favoreciendo no sólo a ese partido sino, indirectamente, al gran adversario local, el radicalismo. El Moncho, en cambio, al perder la confianza de los compañeros, se volvió impresentable dentro del Partido, de manera que el Doctor no puede negociar posición alguna para él. Tampoco puede ya ser *puntero*, porque ha perdido toda capacidad de obtener recursos de sus *compañeros* para mantener un grupo de votantes bajo control. Curiosamente, el único rasgo que tienen en común las reacciones partidarias contra nuestros hombres es el mejor indicador de las dramáticas diferencias que existen entre sus casos: el Doctor no recibió sanción formal alguna por parte del Partido porque ello podría haberlo impulsado a unirse al FREPASO, mientras que el Moncho no fue sancionado porque, sencillamente, su muerte política ya era un hecho consumado.

Por otra parte, el destino del Moncho también es función de la particular gravedad de su falta. Mientras que el destino del resto de los *punteros* y *militantes* de la agrupación del Doctor está ligado firmemente al suyo porque el peso de su figura absorbe en cierto modo la responsabilidad de sus seguidores, la doble *traición* del Moncho lo arrebató de esa protección y lo condena al destierro político. Para él, sus antiguos amigos sólo tienen una frase cruel que habitualmente se aplica a quienes se considera políticamente acabados: *...Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto, ... y después conversamos.*

## **A manera de conclusión: sentido común, sentidos “nativos” y categorías científicas**

Soy una canción desesperada que grita su dolor y tu traición.

Enrique Santos Discépolo (Canción desesperada)

Lo que hemos hecho en estas páginas ha sido ejercitar la sana costumbre antropológica de preguntarnos acerca de lo obvio: ¿por qué “traición”? ¿por qué los *militantes* y dirigentes del sector de Julio Solari se sintieron “traicionados”? o, más en general, ¿qué querían decir cuando clamaban “traición”?

Se trata de una pregunta pocas veces planteada por los antropólogos, quienes mencionan ocasionalmente “traiciones” y “traidores”, pero raramente analizan el sentido de esos términos. F.G. Bailey, por ejemplo, en un libro tan propicio para ello como *Stratagems and spoils* (1980), no se detiene a analizar el sentido del término “traidor” en la única ocasión en que lo emplea. Debemos atribuir esto, quizás, a una naturalización del concepto. En nuestra cultura, el concepto de *traición* hace referencia a la ruptura de lealtades o fidelidades, y especialmente a su ruptura subrepticia, que deja sin defensa a los afectados. Siendo obvio que esta clase de cosas ocurre en todas las culturas, los antropólogos parecen haber supuesto que todas ellas tienen un concepto análogo al nuestro para describirlas: en efecto, cuando encontramos las palabras ‘traición’ y ‘traidor’, su sentido nunca se explicita, dando por sentado que el lector lo comprende; y –lo más importante– no se explica si los eventos y personas descriptos son llamados así por iniciativa del antropólogo o porque los actores los califican con expresiones análogas a las que él emplea.

Consideremos, por ejemplo, el artículo de Maurice Godelier sobre las traiciones entre los Baruya de Nueva Guinea (1989), que constituyó la fuente de inspiración inicial para nuestro propio trabajo. Se trata de un brillante análisis de ciertos eventos que el autor agrupa en dos categorías claramente diferenciadas, pero a los que denomina globalmente como “traiciones”. En el texto queda claramente establecido –aunque sólo de manera implícita– que todos los eventos en cuestión son considerados como fenómenos de la misma clase por los propios actores, pero no se hace intento alguno de explicar el sentido del término que se les aplica en la lengua nativa ni de justificar su tratamiento en términos de nuestro concepto de *traición*.

En suma, los antropólogos tratan al concepto de traición como a una categoría sociológica o, mejor dicho, como una categoría de nuestro sentido común elevada al nivel de categoría sociológica. Esto es, en principio, aceptable, pero el problema es que la calificación de un evento como “traición” es siempre una atribución de sentido *ex-post facto*: alguien se siente traicionado y así califica al hecho que lo ha afectado. Por ende, si bien podemos emplear un concepto sociológico de traición, es imprescindible analizar sus relaciones con el concepto usado en cada caso por los actores para describir cada evento específico abarcado por él. No hacerlo supone naturalizar nuestro concepto, dar por sentado que el concepto de nuestros actores significa lo mismo que el nuestro: y esto no puede ser sostenido ni siquiera cuando –como en nuestro caso– tratamos con actores de nuestra propia cultura que, al igual que nosotros, emplean los vocablos “traición” y “traidor”.

No hay nada de obvio o natural en el sentido de estos términos. Por ejemplo, para nosotros, la traición es algo eminentemente negativo, como puede comprobárselo revisando cualquier diccionario. Sin embargo, Godelier nos muestra que entre los Baruya la ruptura subrepticia de solidaridades –que los nativos mentan con un término que él traduce como “traición”– no siempre es vista como algo reprochable:

por el contrario, su valoración depende del tipo de solidaridades afectadas en cada caso. Es decir que puede haber traiciones aceptables y aún encomiables: sólo esto basta para afirmar que la noción *baruya* no encaja en nuestro concepto de “traición”. Y hay más: tampoco puede decirse que nosotros tratemos como “traiciones” a todos los actos que se corresponde en abstracto con nuestro concepto. Como ya hemos tenido oportunidad de decir, la atribución de significados a eventos, cosas y personas, nunca es una función automática del contenido de los conceptos definidos en abstracto, sino que es el producto de un proceso de interpretación concreto, situado socialmente. De manera que ni siquiera en nuestra propia cultura la aplicación del concepto de traición es natural u obvia.

Por otra parte, si bien es cierto que los fenómenos evocados por nuestra definición abstracta de la traición ocurren por doquier, ello no justifica el supuesto de que toda cultura ha de tratarlo de manera unificada mediante un concepto análogo al nuestro. Así las cosas, podemos especular perfectamente con la existencia de culturas que no cuente con concepto alguno que abarque –así sea sólo en abstracto– todas las reputuras subrepticias de lealtades o solidaridades.

En estas condiciones cabría, quizás, crear un nuevo concepto para abarcar este tipo universal de fenómeno –en caso de que se reconozca alguna utilidad analítica a la opción de unificar a fenómenos diversos desde este punto de vista– sin extender a todos los casos las connotaciones negativas de nuestro propio concepto de sentido común. O bien, como lo hicieron Marcel Mauss con el *bau* melanesio y tantos autores con el concepto de *honor*, quizás se pueda generalizar a fines heurísticos el sentido de nuestro concepto de “traición”, para construir una categoría general transcultural. En todo caso, tales opciones han de resultar de un extenso y detallado trabajo de análisis comparativo transcultural cuyos materiales habrán de surgir de análisis de casos del tipo del que aquí hemos intentado.

## Referencias citadas

- Bailey, F.G. 1980. *Stratagems and spoils. A social anthropology of politics*. Oxford: Basil
- Blau, Peter. 1964. *Exchange and power in social life*. New York: John Wiley and Sons. Blackwell.
- Cohen, Abner. 1974. *Two-dimensional man. An essay on the anthropology of power and symbolism in complex society*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Einstadt, S. N. y L. Roniger. 1984. *Patrons, clients and friends. Interpersonal relations and the structure of trust in society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Godelier, Maurice. 1989. Traición. El caso de los *Baruya* de Nueva Guinea. *Oceanía*. 59 (3).

- Goodenough, Ward. 1975. "Cultura, lenguaje y sociedad". En: J.S. Kahn (comp.), *El concepto de cultura: textos fundamentales*. pp. 157-249. Barcelona: Anagrama.
- Navarro, Marysa. 1995. "Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945; un ejemplo de la mitología peronista y antiperonista". En: J.C. Torre (comp), *El 17 de octubre de 1945*. pp. 149-170. Buenos Aires: Ariel.
- Neiburg, Federico. 1995. "El 17 de octubre de 1945: un análisis del mito de origen del peronismo". En: J.C. Torre (comp), *El 17 de octubre de 1945*. pp. 219- 284. Buenos Aires: Ariel.
- Plotkin, Mariano. 1995. "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista". En: J.C. Torre (comp), *El 17 de octubre de 1945*. pp. 171-218. Buenos Aires: Ariel.
- Simmel, Georg. 1939. "El secreto y la sociedad secreta". En: G. Simmel, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. pp. 330-392. Buenos Aires: Espasa-Calpe.